

Miradas

Ángeles Lucas



Fotos y textos: **Ángeles Lucas** - www.angeleslucas.wordpress.com

Dirección de Arte: Rafael Lucas www.raffologia.com

Edición: María Iglesias www.periodista-freelance.com

Locuciones por Ángeles Lucas y Rafael Lucas

Con la colaboración de www.madrecoraje.org

ISBN 84-617-3561-7



Índice:

Introducción

Las raíces de Agustina Huamani

Sin palabras en quechua

Gotas para leer cartas de letra grande

Cocina de domingos entre abejas y sombreros

Los hilos de colores de una falda negra

Sabiduría palpable

Granos de arroz en manos de la tigresa

La moto que arranca sonrisas

Otras Miradas

Historias con voz

Introducción

Las palabras narraban vivencias cotidianas mientras se intuía en sus miradas historias profundas. Cuanto más enfocaba a sus ojos, les despojaba del entorno y atenuaba el sonido, más parecidos eran a los de cualquier otra persona, no se reflejaba su cultura, estatus o procedencia. Todas las pupilas son negras, los derechos humanos son los mismos. Pero la igualdad se perdía con cada milímetro de escena que aparecía conforme se alejaba el zoom, tras cada frase pronunciada.

En verano de 2013 dos andaluzas fuimos becadas por la ONG Madre Coraje para documentar con imágenes y audiovisuales los proyectos que desarrolla en el Perú, en su mayoría junto a la asociación Ceproder, con la que colaboran en el ámbito local. La tarea encomendada consistía en entrevistar a personas beneficiarias de sus iniciativas o que formaban parte de ellas, algunas fueron elegidas por la entidad, otras por nosotras.

Los protagonistas estaban tanto en Lima, la capital, como en la sierra andina, territorio con una altura media de 3.000 metros y áreas que alcanzan un 80% de pobreza. Es una zona arrasada por el brutal terrorismo de Sendero Luminoso, que destruyó sus raíces, tradiciones, campos y herencias durante décadas y en la que aún permanece la marginación del Estado. El trabajo era intenso. Decenas de entrevistas y apenas teníamos media hora para filmar, grabar y fotografiar,

entender, comprender y asimilar sus biografías en un paisaje imponente, donde el tamaño de las personas se redimensiona ante la inmensidad de las montañas. De forma espontánea comencé a escribir en mi blog, por las noches, casi exhausta de actividad y emociones, una serie de relatos que denominé ***Breve perfil de una mirada***: pequeños textos basados en sus gestos, testimonios y escenarios captados de un vistazo y que unidos a las fotografías de sus miradas en primer plano dibujaban una semblanza personal de su situación.

De aquel blog deviene la publicación ***Miradas***. Gestada con el objetivo de transmitir realidades, trasladar experiencias, contar vidas enlazadas con prácticas de cooperación y desarrollo, trabajos colectivos y coordinación asociativa... Una impronta basada en la búsqueda de la igualdad de derechos, en pupilas negras.



A close-up portrait of Agustina Huamani, a woman with brown eyes and a serious expression, looking directly at the camera. Her face is the central focus of the left side of the page.

Raíces



Las raíces de Agustina Huamani

Donde a los pulmones les falta oxígeno, donde hace frío pero el sol abrasa la cara, donde las carreteras de tierra y vértigo se pierden en montañas desérticas de la sierra andina del Perú. A casi 4.000 metros de altitud, está el distrito de Pataypampa, una zona arrasada por Sendero Luminoso de naturaleza deteriorada y generaciones olvidadas. Ahí, Agustina Huamani, de 35 años, trabaja cultivando las raíces de los árboles que son el germen de un nuevo oxígeno para su localidad de 800 habitantes. Vende plántones de variedades nativas como queñuas, qolles y tastas. Con su labor consigue reforestar la zona, asentar las débiles tierras, que surjan nuevos alimentos a la sombra de las hojas, generar economía...

Por los alrededores de su casa de adobe y madera pululan las gallinas, la lana blanca y marrón recién esquilada se amontona en rincones y de fondo suenan los agudos sonidos de los nutritivos roedores llamados cuyes que después se comerán en familia. Agustina Huamani, con su rostro de rasgos suaves pero curtido, trabaja cultivando raíces de árboles y con ello es independiente económicamente, algo que no alcanzaba a imaginar. Durante 30 años vivieron una violencia sociopolítica y doméstica muy fuerte en la zona. “Ahora estamos saliendo adelante y nosotras somos fuertes. Ya no estamos pisoteadas por los varones”, dice Huamani sosegada.

Habla en plural, en alto y en femenino. Estas tres palabras significan que tiene voz y que ha roto los silencios que ellas sufrieron para la representación comunal y la defensa de sus derechos. Huamani pertenece a una asociación de 70 mujeres que en 2007 compró un sillón de odontología con fondos ahorrados entre todas. No solo buscaron el bien individual, pensaron que uniendo parte de sus ganancias conseguirían ob-

jetivos comunes y decidieron que tenían que cuidar sus doloridas dentaduras. Por la falta de leche o queso en su alimentación, se les caían los dientes, sobre todo por la pérdida de calcio durante el embarazo. “Cuando era jovencita no tenía ni muelas, pero ya me han puesto mi prótesis aquí”, detalla. Ahora se enfrentan a la complejidad de mantener a la odontóloga y de comprar el material. Para ello siguen cultivando y vendiendo sus plántones. Agustina Huamani engendra nuevas raíces para que crezcan y otorguen oxígeno, respiro y vida a Pataypampa, a casi 4.000 metros de altitud.

FRAGMENTOS DEL REPORTAJE
Emprendimiento a 4.000 metros de altura. Publicado en EL PAÍS. 13/02/2014.



Quechua



Sin palabras en quechua

Contaminasunchun. No hay palabras en quechua para decir contaminación, igual no lo contemplaban, la han tenido que crear para algo que no generan ellos. El enérgico e infinito Paul Llacma, de manos recias y claro discurso, habla del cambio climático, de la igualdad y la participación activa en las decisiones de la sociedad como si fuese un político de primer nivel, comprometido, emocionado, experimentado. Tiene 49 años y es de Pataypampa, un valle andino a 4.000 metros de altura, arrasado por el terror de Sendero Luminoso. Ansía con buena vehemencia la mejora de su comunidad y del mundo. Tiene carácter de líder y lo es. Se expresa como si permanentemente estuviese hablando por una radio, jalea a sus compañeros para que organicen las mejoras que

deben hacer a la presa que han construido entre todos, arenga a las asociaciones y ONG para que les ayuden a compartir lo que ellos ya han aprendido con el resto de sus “hermanos” de otros distritos. Ser en parte desdentado, edéntulo, no le dificulta nada para pronunciar cada palabra de forma llena, con el convencimiento de creer que se puede empezar a cambiar una realidad con letras.

Quiere enseñar lo que sabe a todos los campesinos de la zona, reforestar para respirar un aire más puro, que los hijos y las hijas de su comunidad vayan a la universidad. Y cree sobre todo que se puede transformar una sociedad porque lo ha visto. Lleva casi 10 años formándose, asistiendo a capacitaciones o cursos impartidos por la asociación Ceproder sobre liderazgo, tratamiento del campo, del ganado, del agua... Empezó entonces a convertirse en un kamayoc, un maestro en una disciplina concreta, lo que en la sierra de Perú puede ser un auténtico valor por la ausencia de atención estatal y formativa en la zona. Pero no desespera y piensa que cuantos más fuertes sean los dirigentes comunales, mejor relación podrán tener con las autoridades.

Desde la cima de una imponente montaña invoca a la unión para hacer fuerza e intenta convencer a la ONG Madre Coraje para crear un centro tecnológico en Pataypampa con el objetivo de multiplicar sus experiencias. Es su obsesión, según reitera, eso sería definitivo para el progreso de la población y para proteger un planeta que adolece por el cambio climático.

Valle abajo, casi de pie en la parte de atrás de una ranchera, agarrado al coche, con la voz entrecortada por el viento, reconoce también que ese trabajo es lento, y que cuesta casi tanto esfuerzo modificar la mentalidad de las personas que llevan años sometidas como hacer una gran presa de agua en la cordillera que le flanquea. Insiste en que se puede, el embalse queda a sus espaldas construido por ellos mismos y para conseguirlo han sido necesarias muchas horas de diálogo y participación. Como él dice, la desocupación lleva a la delincuencia, al alcoholismo y a la indolencia, pero tras haber sido testigo del cambio, siente que se puede mejorar el planeta. Una palabra que pronuncia igual en quechua y en español: planeta, sobre el que gira la humanidad.



Gotas



Gotas para leer cartas de letra grande

Un botecito con gotas es lo que necesita Victoria para saber cómo está el mayor de sus ocho hijos, que vive en Lima, a 850 kilómetros de montaña andina, y con el que sólo se comunica por carta. Victoria le pide que las escriba con letra grande, para así poder leerlas. Ronda los 50 años y su visión se pierde progresivamente, por lo que no puede coser, apenas cocinar o hacer cualquier otra tarea del hogar.

Da todas las gracias a las gotas que se pone en los ojos. Unas gotas, pequeñas, mínimas, suponen para ella una vida, grande, máxima. Los botes forman parte de los contenedores de medicamentos que manda Madre Coraje al Perú, botes que alguien, en

España, en algún momento, pensó que ya no utilizaría más y llevó a una caja de cualquier farmacia para que fuesen reutilizados. De esa farmacia irían luego a camiones, de esos camiones a las sedes provinciales de la ONG, como la que hay en Jerez. Posteriormente, las abrirán personas voluntarias con alguna discapacidad intelectual, que con paciencia separarán los medicamentos caducados en un lado, y los que no en otro, y fijándose en los envoltorios de cada uno, los irán clasificando en cajas.

La siguiente fase, también gestionada por voluntarios, esta vez profesionales, será la de catalogarlos por principios activos, marcas, fechas, y dejarlo todo listo para ser enviado al Perú.

Por unas carreteras accidentadas y que superan los dos mil metros de altitud llegarán al Centro Oftalmológico Enrique Pelach, en Abancay, donde Victoria las espera impacientemente para poder saber cómo está el mayor de sus ocho hijos, que escribe cartas de letra grande para su madre.



Abejas



Cocina de domingos entre abejas y sombreros

Las abejas de su colmena son las que le producen una miel con mejores azúcares que las demás de la zona, lo que ha permitido que los siete hijos que Grimaldo Román cuida junto a su mujer Vilma Huamán hayan ido a la universidad. Se mueve despacio entre los insectos, protegido por una escafandra. Entre el humo que les proyecta para neutralizarlas muestra complacido la melaza que generan, muy recomendable como jarabe para niños, según matiza orgulloso. La marca de su producto no tiene nombre, pero en la pegatina de los botes aparece la imagen de la abeja Maya sonriendo. Cada domingo, Vilma va a las ciudades a vender esa miel, fru-

tas y sombreros artesanales fabricados con técnicas de elaboración aprendidas de sus ancestros, esos días él cocina en la casa.

Lo dice tranquilo, sin más, pero es un gran avance para estar en Huacansayua, una zona dominada por el machismo. También es un progreso que sea ella la que vende los productos y confiesa risueña que es lo que más le gusta. Así se adentra en el comercio, maneja el dinero, toma decisiones. Entre los dos se tratan con dulzura, ríen tímidamente juntos y comparten las tareas productivas que desempeñan desde 1982 tras recibir el asesoramiento de la asociación Ceproder, que les ha proporcionado formación en la gestión de huertos y en la creación de miel. Grimaldo, de 53 años, ha llegado a ser el presidente de la asociación de apicultura de la zona y cuenta que comparte lo que ha aprendido con sus compañeros. Tanto él como ella pasan el día entero trabajando, cuando no es en la producción, es en el hogar. Y cuentan que si están sus hijos, les ayudan también, aunque dicen sin dilación que su objetivo es que estudien en la universidad.

Colgados en las paredes de adobe agrietado de su vivienda se secan los sombreros blancos que según cuenta Vilma han tenido que bajar de precio por la llegada de nuevas competencias. Sobre una mesa se apilan montones de lana de oveja recién esquilada que después tendrá que lavar y desmenuzar con las manos para poder fabricarlos. Las pieles se entremezclan con hormas de madera y abejas que pululan alrededor. Aseguran que no suelen picar, y en los casos extraños en que lo hacen basta echarse en la piel un poco de la propia miel para que el dolor se calme.

Vilma prepara un cacharrito de esa miel con algunas galletas en un plato, esta vez para darla a probar. Está en la cocina, un habitáculo de techos de uralita, con una ventana improvisada por la que entra una luz naranja fuerte, donde aparecen los fogones confundidos entre infinidad de cacharros apilados pero en orden. Por el suelo, los gatos juegan con los cuyes, que son roedores que también han aprendido a criar y con los que se garantizan las comidas para algunas temporadas, las que Grimaldo prepara los domingos para la familia.



Hilos



Los hilos de colores de una falda negra

Elguera va vestida de oscuro bajo un sol que quema las montañas que rozan los 4.000 metros de altura en Pataypampa. Su madre ha fallecido hace unos días, está triste, pero sigue su lucha laboral.

Trabaja a mano sandalias, chalinas, estuches... con lana de oveja y de alpaca, con tintes naturales y con suelas de cuero del ganado de la zona. Junto a otras compañeras de la localidad ha organizado la Asociación de Mujeres Artesanas de Pataypampa. A sus 46 años tiene una obsesión: abrir mercado. Que sus productos le den la vuelta al mundo. Cuenta que han enviado una caja de sandalias a Italia y otra a Canadá. Pero no para de insistir en que les hace falta un técnico que les ayude a exportar sus preciados bienes. Cuenta que gracias a las ventas puede tener su propia "platita". Con ella alcanza el privilegio de comprar queso y leche, e incluso puede darle algo de propina a sus hijos. Antes vivían, "sin nada ni nada", según repite ella. Ese "antes" hace referencia al antes de que se implantara en su localidad la asociación Ce-proder, que organizó cursos y capacitaciones a estas

mujeres para que desarrollaran un oficio y conocieran sus derechos. El después para Nellie Elguera es que la mejor herencia que puede dejar a sus hijos es la educación. Para ello necesita plata, elaborar más sandalias y venderlas al mundo.

Ha vivido un tiempo en Lima, donde miles de personas se desplazaron en los ochenta llegados desde infinidad de localidades del país para huir de la violencia de Sendero Luminoso. Pero volvió pronto a Pataypampa. Cuenta con gesto disgustado que en la capital se establecen en los llamados asentamientos humanos, que son chabolas e infraviviendas, sin tener apenas para comer. Asegura que prefiere el campo. Al menos ahí tienen un huerto del que ir sacando algo, alguna oveja o una vaca, además de aire puro. Las montañas le abrazan en Pataypampa.

Ella va vestida de negro absoluto, pero de su cintura surgen los hilos de colores que con la destreza de sus dedos van dibujando en frisos estampados el futuro de sus hijos.

Ella va vestida de negro absoluto, pero de la cintura de su negra falda salen de un alfiler decenas de hilos de colores que va tejiendo con sus dedos hasta crear un friso estampado. Luego lo cose a las sandalias que vende y le proporcionan algo de economía para ser independiente. Nellie

A close-up, high-resolution photograph of a man's face, focusing on his eyes, nose, and mustache. He has a thoughtful expression, looking slightly upwards and to the left. The lighting is soft, highlighting the texture of his skin and the details of his facial features.

Sabiduría



Sabiduría palpable

Raúl Donaires
fue el encargado
de acompañarnos
durante 10 días
en la sierra.

El bien de Raúl Donaires es intangible pero palpable, es la sapiencia entendida como una forma de crear felicidad, aunque él no sea risueño. Habla pausado, transmite calma, sosiego, tranquilidad, nunca pasa nada. Nunca pasa nada. Parece haber nacido de entre la frondosa naturaleza del Perú, de la Pacha Mama, se podría asemejar a un chamán, pero joven y sin alusiones espirituales sino de la prosaica realidad. Un enlace entre los recursos de la tierra y las necesidades de los humanos.

Anda ágil por los terrenos como si se fuese amoldando el suelo a su pie, como si la faz previera sus pasos, ya sea entre las rocas de un río, entre cumbres andi-

Sabiduría

nas, entre los huertos, por los valles. Vaya por donde vaya, a sus 34 años, se le respeta. Los que le conocen no le llaman por su nombre, haciendo uso de los formalismos del Perú le paran por cualquier lugar y se dirigen amablemente hacia él como “ingeniero”, lo que es, ingeniero agrícola, de la tierra. Reconoce que su mente técnica, protegida siempre con una gorra de tela, tiene que complementarse con el trabajo de los antropólogos para que la ejecución de los proyectos de desarrollo en zonas complejas sea óptimo. De su discurso se desprende que ha interiorizado las ventajas del trabajo en equipo, de la riqueza definitiva de mezclar mentes humanistas y técnicas para conseguir los mejores resultados y corregir fallos.

Cuenta despacio el proceso para llevar agua a cerca de 800 personas residentes en Pataypampa, a 4.000 metros de altura. El desafío era construir una presa,

instalar riego, cercar al ganado, organizar los huertos, reforestar la zona con una biodiversidad completamente destruida... Ninguna novedad, son mejoras conquistadas en otras zonas del mundo hace siglos. Más allá del desafío técnico, se enfrentaba a una sociedad masacrada por el terrorismo de Sendero Luminoso, iletrada, sumida en un fuerte bloqueo mental y físico, paralizada, ignorada por el Gobierno, sin economía.

Según detalla, los cambios en las personas y en los colectivos vienen desde dentro, analizando cada historia, cada circunstancia, cada vida. Y describe cómo se desarrolla el proyecto paulatinamente, conociendo primero que se organizan por comunidades, que muchos de los hombres están alcoholizados y son violentos, que las mujeres están silenciadas y callan los golpes. Después analiza cómo podrían mejorar,

preguntándoles a ellos y ellas qué necesitan, qué quieren, qué les gusta más. Haciéndoles conscientes de que tienen sus derechos, de que pueden decidir, de que es conveniente aprender las técnicas y enseñarlas más tarde, de que deben implicarse y participar en las mejoras. Participar. Que el logro sea de ellos.

Él siempre está en segundo o tercer plano. Nunca, nunca, es protagonista. Comienza a contar en detalle algunas de sus experiencias prácticamente al quinto día de conocerle. Hasta el momento, conducía una ranchera como si fuese una extensión de su cuerpo, iba de un proyecto a otro y respondía de forma clara, precisa y concreta a las preguntas con un vocabulario impecable, usando palabras como “desabrida” para referirse a la carne de caballo, con la templanza suficiente para atrapar sin aspavientos y en silencio a una abeja que se quedó entre una escafandra y mi cara.

Solo cumpliendo firmemente con la tarea encomendada por Ceproder.

En esa ranchera, de pronto, un día, comenzó a contar, narrar, describir, ilustrar con palabras y expresiones la situación de las mujeres de Pataypampa. Fue la primera vez que sonrió abiertamente, y no lo hizo por sí mismo, lo hizo simulando la sonrisa de las mujeres de la zona, que gracias a los proyectos pudieron instalar una clínica odontológica para la comunidad y arreglar sus dientes faltos de calcio. Hasta el momento, no se atrevían a enseñar la dentadura por vergüenza. Sin sentimentalismos, este ingeniero sabe lo que es trabajar en un entorno duro, de injusticia enclavada y desigualdad manifiesta. Ahora ve el logro conseguido entre todos como un sueño, un ejemplo a seguir. Cambia su gesto cuando hace feliz a los demás, sabiduría palpable.



Tigresa



Granos de arroz en manos de la tigresa

Cuando habla acaricia los granos de arroz que casi rebosan de un saco de tela colocado entre botes, latas, sobres y otros abarrotes de su colorido puesto de productos en el Mercado Central de Abancay. Coge un puñado y los deja caer en el saco de nuevo, los vuelve a atrapar. Parece que ese gesto le tranquiliza, le hace estar en contacto con la tierra. Pero pronto se eleva y sueña lo que algunos considerarían una utopía pero para ella es una conquista, la defensa de los derechos de las mujeres. Cuando habla aleja la mano del arroz, la empuña suavemente y se la lleva al pecho mientras asevera que se convierte en una “tigresa” si ve una injusticia frente ellas, y, amenazante, asegura que llega a golpear a los hombres que las cometen

Tigresa

Marcosa Rosario Medrano es Señora Charito para la gente de Apurímac, en la sierra del Perú. Dicen de ella que tiene un poder incuestionable frente a las autoridades y que a sus 62 años todavía le flanquea una energía infinita para luchar. Su tesis está clara: se niega a que una mujer sea violentada y para conseguirlo pone en jaque a quien haga falta. Entre una ristra de cargos nacionales y locales, es la secretaria General de la Federación de Mujeres de la Región Apurímac y en 2013 ha recibido la Condecoración Orden al Mérito de la Mujer que otorga el Ministerio de la Mujer y Poblaciones Vulnerables del Perú, un galardón que le enorgullece pero cuyo título es incapaz de poner en pie. Invierte más energía en otras cuestiones. Desde 1985 trabaja defendiendo los derechos de los feriantes y también formando federaciones de mujeres e impartiendo cursos y capacitaciones de derechos y liderazgo en el Perú.

Reconoce que antes de empezar a recibir las capacitaciones facilitadas por el Centro para el Desarrollo Humano y Madre Coraje no era consciente de que tenía derechos como mujer, que en su vida imperaba una sociedad machista y alcoholizada. Pero explica que paulatinamente empezó a concienciarse, a reconocerse como igual. Insiste en que el respaldo de su marido ha sido y es fundamental en su lucha. Que le apoyó incluso cuando dejó de vender pollo y pescado porque se le malograba el producto por asistir a cursos, conferencias, reuniones, papeleos... Da gracias a Dios por ello, y piensa con lucidez que la cuestión de género no es sólo de formación femenina, sino que los hombres se deben implicar en comprender que los dos deben tener igualdad de oportunidades.

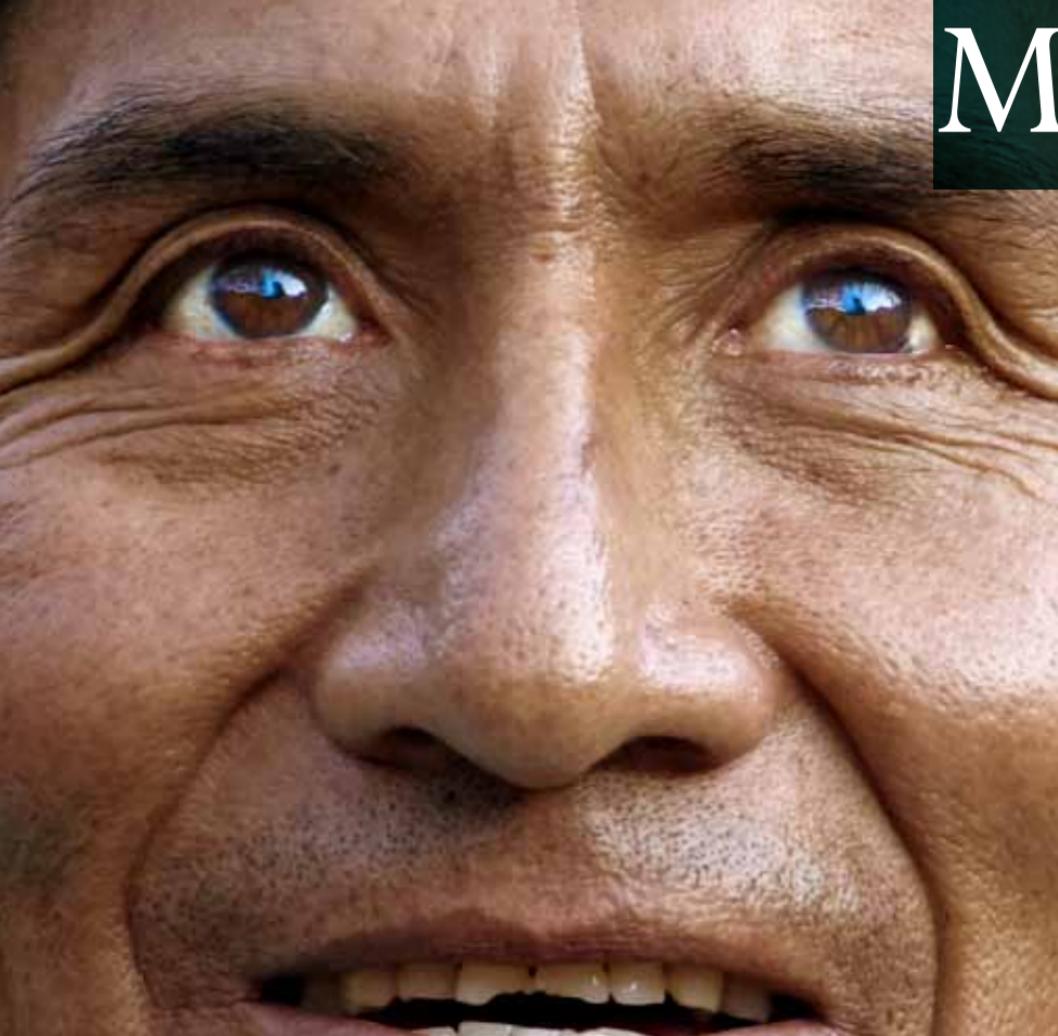
Ha logrado que se cambie un acta municipal porque no reflejaba lo tratado en una reunión a la que asistió

en la que se planteaba la construcción de una casa refugio para mujeres que son víctimas de violencia machista. Tras haber conseguido motivar a sus compañeras para que no consientan que los hombres les golpeen, tras alojar a mujeres con niños que huyen de sus maridos en su casa, tras aprender, con capacitaciones y cursos de formación, que la mujer es una más, ahora tiene dos frentes abiertos: uno, el que los gobiernos hagan casas-refugio a las que ellas puedan asistir cuando dejan sus hogares, y otro, que las mujeres lleguen a la primera línea de la política.

Así, las enseñanzas que ella imparte se multiplican entre sus compañeras. Van interiorizando por qué un hombre no les tiene que pegar, por qué una hija debe recibir la misma educación que un hijo, y por qué ellas son necesarias en la política. Comparten lo aprendido, incluso en quechua. La Señora Charito

se detiene en destacar que cuando son conscientes de esos derechos se preguntan cómo es posible que no los hayan aprendido antes.

Ya le han invitado a dar charlas en Colombia o Venezuela y reconoce sin problemas que algunas tenderas incluso le critican porque dicen que las ONG le pagan. Ella siente que piensen así, pero no decae en su lucha. Sabe cuál es su objetivo, sabe dónde está la tierra, y palpa lo que brota de ella. Los granos de arroz le dan fuerza para seguir, el coraje le asalta como a una “tigresa”, y su energía, como ella confiesa, le sale del corazón.

A close-up portrait of a man with a joyful expression, showing his eyes, nose, and a wide smile. The image is partially obscured by a dark green banner at the top.

Moto



La moto que arranca sonrisas

Cuando Enrique Juro tuvo las llaves en su mano y arrancó la moto que había conseguido para su proyecto de desarrollo rural en la sierra andina del Perú, hace más de 10 años, empezó su lucha con una energía imparable. Ahora todavía arranca su radiante sonrisa cuando recuerda ese momento. Ahí supo que sus ideas de mejorar las condiciones de vida de una de las áreas más pobres y castigadas del Perú se hacían alcanzables.

Desde 1994 estuvo caminando kilómetros, yendo en burro, desplazándose como podía hacia las aldeas pequeñas de Grau, donde quería realizar los proyectos agrícolas, para que aquella zona, que al Gobierno no le interesaba nada, y que durante años se quedó sin líderes, ni hombres, ni cultura agrícola por la fuerte presencia de Sendero Luminoso, no se aislara por completo. Y fundó en 2001 con su amigo Edgar, ya fallecido, el centro de estudios para la promoción de desarrollo rural Ceproder, en el que han llegado a trabajar hasta 32 personas.

Moto

Encontró financiación en algunas instituciones y en la ONG Madre Coraje, y ahí se puso este ingeniero agrónomo a impartir capacitaciones, que son cursos de formación, a los habitantes de Grau. Les explicó cómo optimizar las plantaciones, cómo regar, cómo distribuir las casas para que en la cocina no haya animales vivos, o cómo separar las estancias para que los menores no duerman en la misma habitación que sus padres. Algo que ve necesario pero que en aquella zona no termina de aplicarse.

Es sensato, sereno, risueño y coherente. Estudia y analiza con detenimiento cómo se deben implementar los proyectos de desarrollo y reconoce la dificultad tremenda de trabajar en equipo. Tiene experiencia. Ha conseguido que Pataypampa, una zona de no más de 800 personas, se constituya en comunidad, se

ha podido forestar más de un millón de plántones de pino, cercar la ganadería, instalar el riego por aspersión, o hacer una presa en la montaña.

Tiene claro un concepto: los proyectos de infraestructuras tienen que ser integrales. No le vale que el Gobierno haga cualquier obra, por ejemplo, de riego, y que se olvide de la población usuaria. No le vale. Explica con firmeza que cada proyecto tiene que ir acompañado por una formación para el beneficiario último, con un estudio de mantenimiento, con la implicación local. Ahí radica el éxito de sus proyectos. Ahí, y en no escatimar horas.

Tras tantos años, asegura que las áreas en las que se implantó Ceproder están muchísimo más avanzadas que otras de la zona, que la diferencia está en que

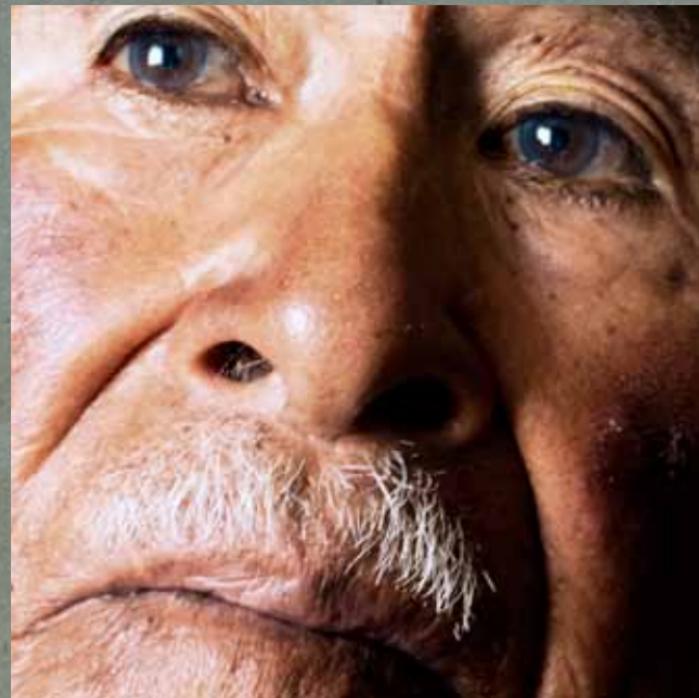
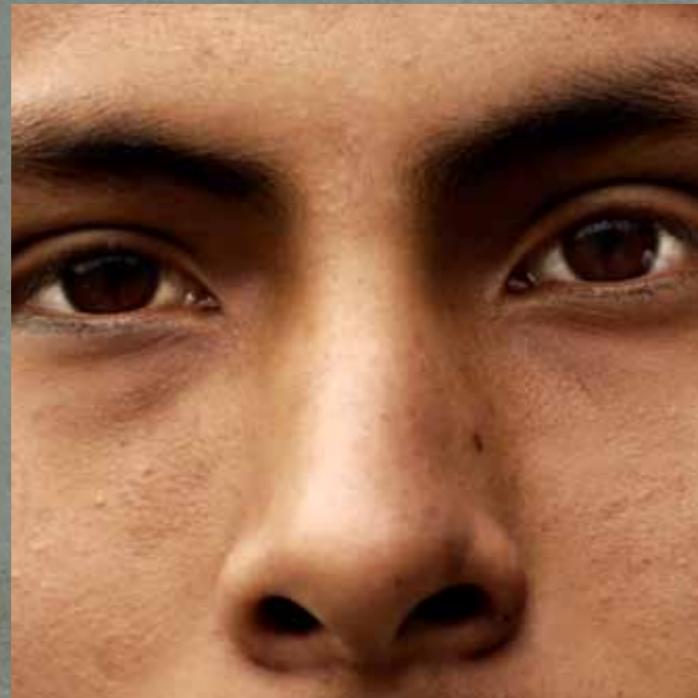
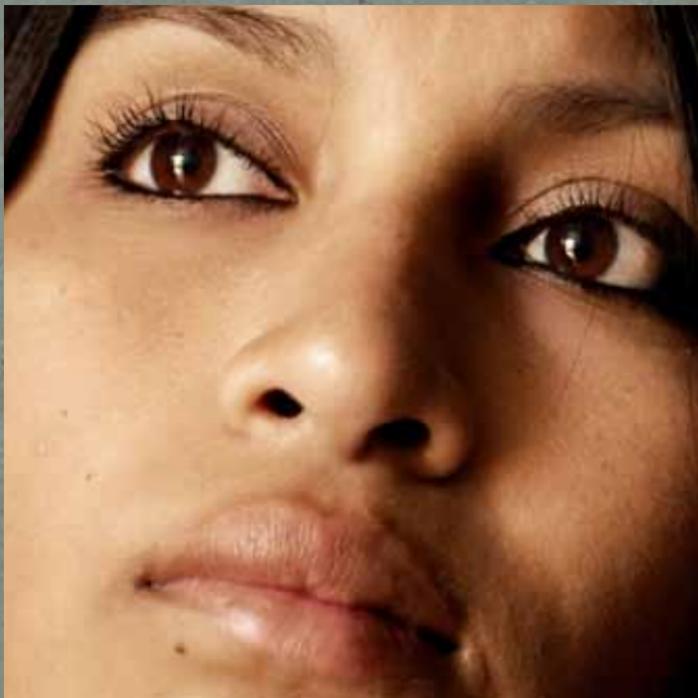
ellos trabajan con líderes comunales, con herramientas para cultivar, motivados, conscientes. Donde se erradicó por completo la cultura ancestral, el manejo de las técnicas de cultivo, de crianza de animales y cualquier tipo de derechos, eso es un avance. Asevera que ahora los hombres beben menos alcohol y agreden “menos” a las mujeres y menores. Cuando tienen una ocupación se esmeran por sacar a la familia adelante, y lo más importante, pueden ofrecer educación. Enrique, o Quique, tiene dos hijos, pero su familia es inmensa. Decenas de personas de todas las aldeítas de Grau preguntan por él a cada instante. Por su salud. Vuelca su vida en ellas por el cariño y el apoyo que le dan y que últimamente le han demostrado de forma permanente.

Unos borrachos de la Fiscalía del Perú le atropellaron hace unos días, cuando él estaba parado junto a su apreciada moto. Con un choque frontal, lo tiraron al suelo, y pasaron el coche varias veces por encima de él. Enrique cree que su moto, que le cayó encima, le salvó de peores males. Dice que “solo” se partió la clavícula y tuvo otras cuantas contusiones. Pero que lo peor fue que la policía lo vio tumbado en el suelo y le ignoró. Cree que los agentes sabían que fueron los fiscales, amigos de ellos, los que le atropellaron. “Y no quieren líos”, narra escueto. Ahora ha denunciado a los defensores del ministerio público.

Fue un camionero quien le socorrió definitivamente. Ahora Quique valora el casco más que nunca. Antes sólo llevaba una gorra en la cabeza, pero ya no la llevará más cuando esté conduciendo su moto. Esa moto que le salvó y que arranca sonrisas.

Otras Miradas

Fabián Vargas. 58 años. Comunero y agricultor en Apurímac.
Mayra Carolina Candela. 22 años. Acude al Club de Madres Punta Negra de Lima con su bebé, que requiere atenciones especiales.
Danny Lopinta. 16 años. Estudiante y alumno en el Taller de pan del Centro Educativo La Salle de Lima.
Carlos Tecona. 85 años. Beneficiario del Centro Oftalmológico Enrique Pelach de Abancay.



Historias con voz

Las historias han sido locutadas y pueden escucharse en Internet a través de estos códigos bidi o en el siguiente enlace: <https://angeleslucas.wordpress.com/2013/08/25/breve-perfil-de-una-mirada/>

Raíces



Quechua



Gotas



Abejas



Hilos



Sabiduría



Tigresa



Moto



